

# ANTONIO BLASQUEZ, EVANGELIZADOR ESPAÑOL EN LAS SELVAS BRASILEÑAS

Por ALBERTO SILVA

Profesor de la Universidad y de la Academia de Letras de Bahía

## LA COLABORACION ESPAÑOLA

A decir verdad, España colaboró siempre, cortés y eficazmente, con Portugal en la grandiosa empresa de la colonización del Brasil.

Y desde tiempos antiguos, en la época de las donaciones hereditarias, ya se hacía sentir esa bienhechora cooperación en las actividades y gestiones de dos aventureros castellanos llegados a mis tierras: Felipe de Guillén y Francisco Romero.

Pues bien, tal espíritu de cooperación—reflejo, por otra parte, de la simpatía y cariño de una reina española, Catalina, esposa de Don Juan III—continuó fecundo, constante y decidido con el desembarco, en 1549, en Bahía de Tomé de Sousa, acompañado de funcionarios españoles, tales como Argüello, Aguilar, Araujo, etc.; de obreros españoles, como Verdejo, Pérez, Romero, etc.; de soldados españoles, Pelayo, Valera, Alfaro, etc., y de marineros españoles, Esposende, Pavila, Socijo, etc.; se enraizó con las primeras familias españolas, vinculadas a la colonia americana—Aguirres, Mirandas, Mendozas, Araujos, Argolos, Contreras, Lafundes y otras—; favoreció a mi pueblo, confiriéndole, después de 1580, el goce de diversos derechos humanos contenidos en las Ordenaciones filipinas; suscitó en él cierto reconocimiento, instituyendo en su favor la primera Relación, constituida por diez Procuradores, origen evidente de los Tribunales brasileños; finalmente, estimuló su justo deseo de expansión, anulando la línea divisoria de Tordesillas, hecho que es, indiscutiblemente, la consecuencia más beneficiosa para la actual grandeza territorial de mi país en esos sesenta años de dominación española (1).

## AYUDA ESPIRITUAL

Vale, sin embargo, añadir y exaltar la noble y decidida cooperación espiritual de los españoles a la colonización del Brasil, presentándose siempre con aquel su tradicional espíritu de devoción, de estoicismo, de caballerosidad.

Me refiero, en esta ocasión, a la tarea coronada por los jesuitas castellanos que, en diversas levas, visitaron mi tierra, mártires unos, héroes otros, y todos, sin embargo, entregados, con el corazón en los labios, a la ardua empresa de catequizar a los indígenas brasileños, desarrollando un trabajo áspero e insano, plagado de peligros de toda especie y de incomodidades innumerables, afanándose, fatigándose, en aras de un ideal altísimo, sufriendo,

en fin, «en una viña un tanto estéril» (2) y en «tierras tan anchas y gentes tan sueltas» (3).

Sí; mártires como Gregorio Escribano, Juan de Mallorca, Juan de San Martín, Fernán Sánchez, Francisco Pérez, Juan Cafrá y Esteban Zurara, todos ellos de sagrada memoria, sacrificados en pleno océano a la saña herética de los hugonotes franceses en la trágica expedición de Ignacio de Azevedo.

Héroes también, como Azpilicueta Navarro, José de Anchieta, Antonio Blásquez, Quirizio Caxa, Gaspar de Sampers, Baltasar Alvarez, Juan González y Vicente Rodríguez, que, metidos en las primitivas selvas brasileñas para la catequesis cristiana, «tuvieron siempre grandísimos trabajos y sufrieron mucha hambre, mucho desnudo, mucho frío y muchas contrariedades» (4).

## ANTONIO BLASQUEZ, EL OLVIDADO

Pero me cabe evocar, apreciar y exaltar en este estudio la personalidad, injustamente olvidada, del misionero Antonio Blásquez, «sin favor, uno de los más devotos y más cultos jesuitas españoles llegados al Brasil para la obra de su evangelización» (5). Hasta cierto punto ofuscado por la brillantez, por la fama y por la gloria de José de Anchieta, su ilustre compatriota, Antonio Blásquez ha sufrido hasta hoy inexplicable olvido, incluso incalificable injusticia: no ha sido convenientemente apreciado, considerado y exaltado como debe y requiere su mérito.

Ni él ni su obra en el Brasil.

De ahí, pues, la justicia y la oportunidad de este cometido mío, tratando su figura y su empresa, verdadera rehabilitación histórica, necesario homenaje rendido por un brasileño agradecido al gran evangelizador castellano, «cuya innata vocación constituye aún hoy un bello y raro ejemplo de nobleza de carácter dentro de la Compañía, que él tanto supo engrandecer» (6).

## DE PLASENCIA A BAHIA

Desgraciadamente, existe una completa escasez de referencias a la persona de Antonio Blásquez mientras vivió en España.

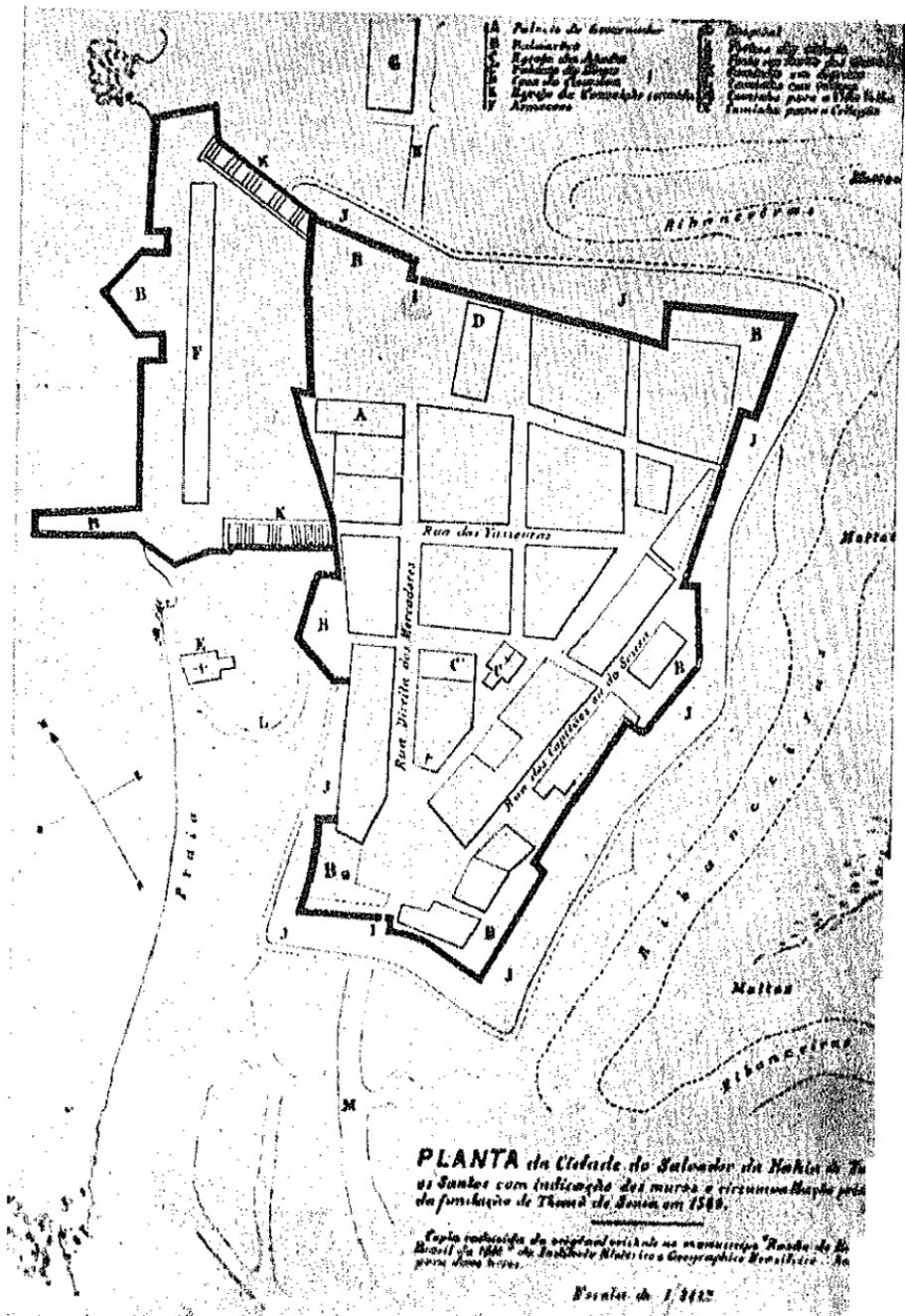
De su ascendencia, de su niñez, de su adolescencia, poco se conoce; tan raros son los documentos alusivos.

Se sabe apenas que nació, hacia 1528, en Alcántara, diócesis de Plasencia.

Pero desde 1528 hasta veintiún años después—el 19 de septiembre de 1549, fecha en que ingresó en el colegio de Coimbra—existe una gran laguna, que urge cubrir con datos biográficos, quizá existentes en los archivos de su pueblo natal y del colegio de jesuitas de Coimbra, donde estudió.

El 8 de mayo de 1553, cuatro años después de su admisión en la Compañía, Antonio Blásquez embarca en Lisboa, todavía hermano, en la capitana *Conceição*, de la armada de Duarte da Costa, con rumbo al Brasil. Constituía éste el segundo grupo de jesuitas destinados a Bahía, y estaba integrado por misioneros, como Gregorio Serrao, Luis da Gran, Ambrosio Pires, Braz Lourenço, Juan González y José de Anchieta (7), españoles también estos dos últimos.

Después de un viaje tranquilo, favorecido en toda la travesía por buenos tiempos, la escuadra del segundo gobernador del Brasil alcanzó la ciudad del Salvador, en la bahía de Todos los Santos, el 13 de junio del citado año de 1553.

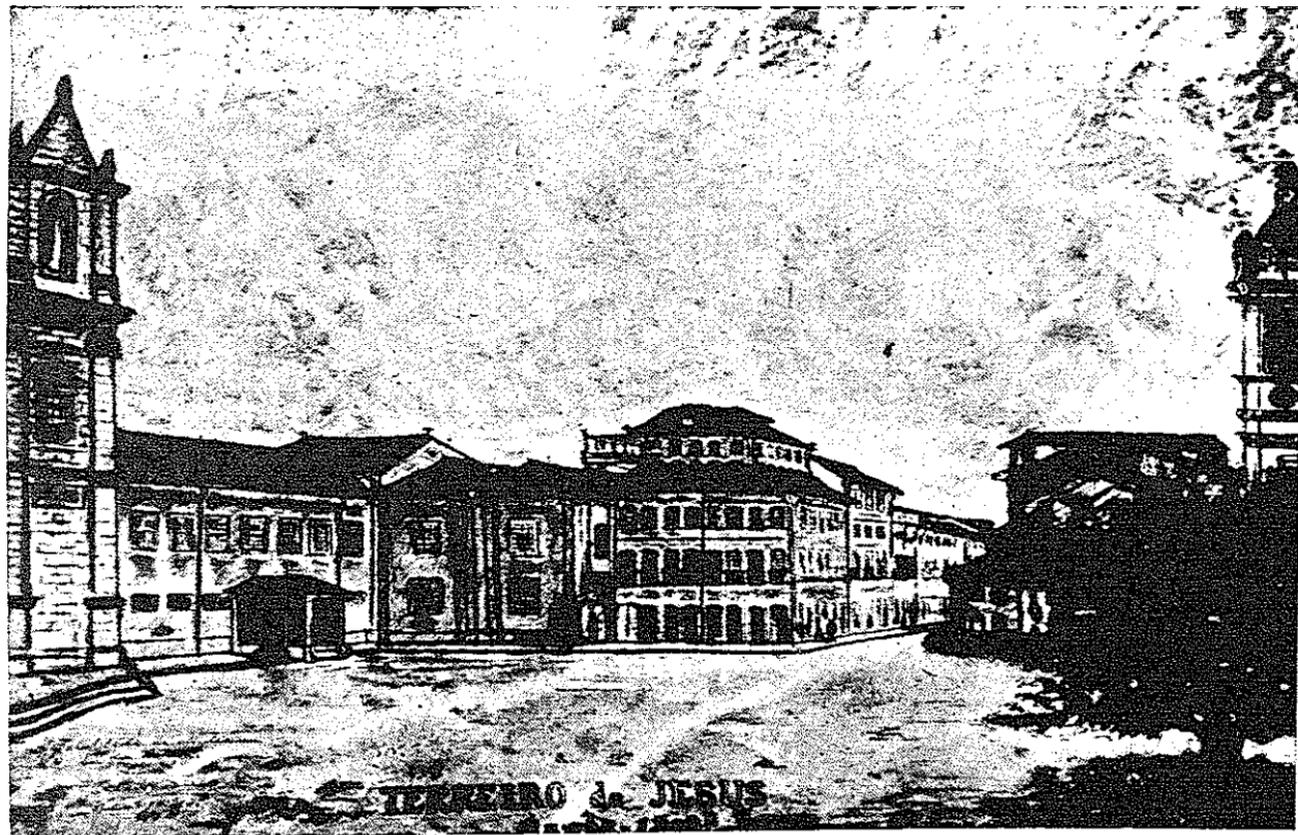


**PLANTA da Cidade do Salvador da Bahia de Todos os Santos com indicação das muralhas e circumvallações pela da fundação de Thomaz de Sousa em 1588.**

Cópia reduzida da original existente na geographia "Baía de Todos os Santos" do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. No povo de São Paulo.

Escala de 1:3125

Planta de la Ciudad del Salvador de Bahía



Colegio de los Jesuitas en Salvador de Bahía, donde residió y dió clases Antonio Bl

## TAREA DE SACRIFICIOS

Salta entonces el modesto misionero español, lleno de esperanzas, de entusiasmos y de buena voluntad, presentándose a Nóbrega, a la sazón provincial jesuíta, que, semanas después, le destina a la misión de Porto-Seguro, como campo inicial de su espinosa misión.

Y sin pérdida de tiempo, Antonio Blásquez emprende su trazado destino, donde, en septiembre, «comienza, como dije, a sembrar la palabra del Sagrado Evangelio» (8), procurando catequizar con mucha edificación brasil-indios, desconfiados y bravos.

En Porto-Seguro, el novicio Blásquez aprende, en esas circunstancias, «todas las oraciones en lengua brasileña, con los mandamientos y pecados mortales, con una confesión general, principio del mundo, encarnación y juicio final» (10). De tal suerte estudió y aprendió, que pronto enseña, meses después (11), con noble perseverancia, la doctrina cristiana a los niños, a los esclavos y a los indios de Porto-Seguro, sin abandonar por ello su misión catequizadora en el interior de la selva insalubre, en la cual, estoico, «supo siempre demostrar un acentuado desvelo fraternal y un profundo desprendimiento personal» (12).

## MAESTRO Y MISIONERO

Pero en diciembre de 1554, Antonio Blásquez regresa a Salvador (13), donde pasará ya el resto de su afanada y larga existencia (14), totalmente entregado, el cerebro y el corazón, a una cruzada al mismo tiempo cultural y espiritual.

Cultural, porque Antonio Blásquez fué en Bahía—«su mies preferida» (15), «campo principal de sus actividades» (16)—un conceptuado maestro, didáctico, profundo, razón que justificó su elección para redactor de cuatrimestres, reflejando así «el buen concepto en que era tenido por sus superiores» (17).

Espiritual también, porque, además de ser el redactor culto y notable de las cartas jesuíticas y el profesor brillante y primoroso del colegio de Bahía, Antonio Blásquez fué también el catequista devoto y compasivo, conocedor de sus responsabilidades y consciente de su misión.

En lo sucesivo, en el colegio de Bahía, donde—ya lo dijimos—largos años pesarán sobre sus hombros, Antonio Blásquez vivirá enormes horas de luchas, de cansancios, de sacrificios.

## ESFUERZO Y DEVOCION

No obstante, en el desempeño de su doble misión, de profesor y de misionero, Antonio Blásquez estaba siempre dondequiera que fuese requerida su presencia provechosa, lo que equivale a decir, dada la multiplicidad de sus funciones, que estaba, por lo tanto, en casi todas partes.

Así, al inaugurarse, en 1556, la ermita del Río Vermelho, en los alrededores de Salvador, mientras Manuel de Nóbrega celebraba solemnemente la primera misa, Antonio Blásquez dirigía, en la estrecha nave, los cánticos de sus alumnos del colegio de Bahía. En la mayor parte de las horas del día, que se alargaban muchísimas veces a las horas de la noche, se sumía en ocupaciones y preocupaciones variadas, que caracterizaron, al fin y al cabo, aquella vida afanosa del colegio de Salvador, esto es, «escuela de hogar para algunos niños gentiles, y con ellos se enseñaba a otros de la ciudad, teniendo cuidado de todos un hermano» (18); escuela para estudiantes de fuera, «que no son más que tres o cuatro jóvenes capellanes de la catedral y de la casa;

once o doce de ellos, hermanos, y los otros, jóvenes huérfanos de aquellos que parecen mostrar y tener mejor aptitud para estudiar» (19); incluso «en algunos domingos y fiestas del año, predicaciones del padre Nóbrega, y en todos los domingos habiendo, doctrina a los esclavos de los cristianos y de cuando en cuando alguna predicación en su lengua, explicándoles el Evangelio del día o dándoles algunos documentos de cómo se han de haber en la fe de Cristo» (20); finalmente, «escuela general para los niños de esas tierras e hijos de los cristianos, a cargo del padre Francisco Pires, leyendo el hermano Luis de Carvalho una hora de poesía del Libro Segundo de la *Eneida* a los más adelantados» (21), orientando Blásquez a los que menos saben (22); enseñándose durante la semana la doctrina, que se prosigue con mucha diligencia, y en los domingos y días de fiestas, dos veces, en la misa, y después por la tarde, comúnmente con pláticas, que explica la doctrina en su lengua... (23).

He aquí, en gruesos trazos, la vida del Colegio de Bahía en el siglo xvi, del que Antonio Blásquez fué fundador y parte.

Vida diligente, exhaustiva, fecunda.

Desde que Antonio Blásquez regresó al colegio de Bahía (24) desde Porto-Seguro, continuó, durante mucho tiempo, enseñando a leer y a escribir, y a principios de 1556, cuando fué nombrado para la elevada función de redactor de cuatrimestre, desempeñó este nuevo cargo redactando y firmando entonces la primera carta el día 4 de agosto del año referido.

Multiplicadas de esta suerte sus actividades, Antonio Blásquez redacta ya ahora cuatrimestres jesuíticos, explica latín, enseña las primeras letras, confiesa a cristianos, predica sermones, catequiza indios. Redactor de cartas para los hijos de Loyola, lo hacía en estilo conciso, puro, elevado.

Maestro de la «lengua docta», fué él el primer profesor de latín del Brasil (25); y orientaba en la disciplina precisamente a los principiantes, que exigen mucha paciencia, mucho celo, mucha intuición. Profesor de primeras letras, siempre cuidó—conforme él mismo confesó—que con «los novicios de la casa se tiene particular cuenta y cuidado y que con los niños se enseña con mucha diligencia y buenas costumbres a leer y a escribir» (26).

Confesor, escuchaba, medía, aconsejaba, siempre tierno y paciente, a los que le confiaban faltas y pedían, arrepentidos, la benéfica absolución.

Predicador, era gozoso escucharle en la tribuna sacra, adoctrinando, arrebatando, conmoviendo, como en aquel sermón de la Pasión, en la Cuaresma de 1558, en Bahía, «en que hubo muchos desconsuelos para todos», y también en aquel otro de la transfiguración, en la Cuaresma de 1565, asimismo en Bahía, oído con profunda atención por varios compañeros de sacerdocio: Luis da Gran, Antonio Pires, Quirizio Caxa y Ambrosio Rodríguez. Conociendo bien el latín y hablando mejor el castellano, manejaba hábil y brillantemente las dos lenguas, lo que le permitía—orador magnífico—«jugar gallardamente con ambas manos», en frase feliz de un colega suyo de ministerio.

Finalmente, catequista—y él fué de los más relevantes—, Antonio Blásquez peregrinó por *tabas* indígenas, persuadiendo con su palabra elocuente a decenas de *bugres*, a fin de que «miles de almas se convirtiesen a su Dios, abandonando ritos y costumbres tan abominables» (27).

## «LA CRUZ SECA DEL BRASIL»

Transcurridos, sin embargo, seis años y pico de su llegada al Brasil—por lo tanto, el 1.º de noviembre de 1559—, hace Antonio Blásquez, en Bahía los votos de coadjutor espiritual, recibéndolos con júbilo inmenso el padre Ma-

nuel de Nóbrega. Y sigue en su Colegio de Bahía, siempre en su Colegio de Bahía, traspasado de angustias, repleto de sufrimientos, presa de desasosiegos, alimentándose mal—pescado seco, sopa de calabazas, plátano asado, maíz verde y «otras menguas y necesidades corporales»—, trabajando, en fin, mucho, demasiado, como un condenado a galeras, en múltiples tareas, desde el sol naciente al anochecer y todavía más.

Continúa de este modo enseñando latín, enseñando también a leer y a escribir, junto con Luis de Carvalho, que comentaba a Virgilio, y Quirizio Caxa, su compatriota, que enseñaba Teología moral.

Pero tantos y tales esfuerzos perjudicaron, hacia el 1561, la salud del devoto jesuita español: una grave enfermedad casi le lleva, en esa ocasión, al sepulcro.

Tan así fué, que Luis da Gran escribía a Coimbra: «está al presente muy al cabo, y temo que avance su enfermedad» (29).

Sin embargo, Dios se apiadó de sus sufrimientos, y Antonio Blásquez se restableció totalmente, para ser ordenado, al año siguiente, 1562, sacerdote por el obispo don Pedro Leitao.

Justa recompensa.

Antonio Blásquez, probo y desvelado, servía a la Compañía hacía trece años bien largos y persistía en su puesto de sacrificio, que la Divina Providencia en tan buena hora le había conferido.

Sí; cargaba con envidiable estoicismo «la cruz seca del Brasil», como nombraba a su puesto, realizando de esta manera una meritoria obra en beneficio de mi gente y de mi tierra, siempre y hasta hoy reconocida a su memoria.

Porque fué realmente bello su triunfo; tan numerosos fueron los tropiezos, enormes los padecimientos, constantes los obstáculos surgidos en todo momento, la espinosa tarea de la evangelización de las selvas brasileñas.

De ahí que él mismo exclame, en cierta ocasión, plagado de sufrimientos insoportables: «¡Oh, si Vuestra Reverencia supiese cuán pesada ha sido la cruz del Brasil!» (30). ¡Pesada y sufrida!

Efectivamente, catequizar a nuestros indígenas, «dejados de Dios y del mundo» (31), exigía de los abnegados catequistas una dosis sustancial de perseverancia, de paciencia y de devoción. Y aun así, ocasiones hubo, en los comienzos de la gran cruzada, en que Antonio Blásquez llegó casi a desilusionarse, temiendo el completo fracaso de todo aquel esfuerzo gastado en tan arriesgada misión.

Fué cuando, entre otras, escribió para Coimbra estas palabras desalentadoras: «Estaba toda esta tierra más que perdida, así en lo eclesiástico como en lo secular y más enseñoreada de vicios» (32).

Pero, sin perder del todo la creencia íntima en el éxito de aquella empresa, realizada *ad majorem Dei gloriam*, Antonio Blásquez trabaja día y noche, sin descanso alguno, enseñando, predicando, catequizando.

Entendía él, como Azpilicueta Navarro, que «las cosas son más difíciles al principio», e incluso consigo mismo cuando, en una de sus cartas, comentaba: «después del trobellino y tempestad, concede el Señor la tranquilidad y bonanza, y después de la oscuridad y tinieblas, muestra la luz y la claridad» (33). Esperó entonces con paciencia poder, por fin, «recoger un día con alegrías lo que sembrara con lágrimas» (34). Y escribió, en 1558, al provincial de Coimbra estas palabras de jubilosa esperanza: «Tome todavía Vuestra Paternidad esto como tierra estéril e infructuosa, de la cual esperamos, ayudados por la gracia del Señor y las oraciones de Vuestra Paternidad, obtener más copioso fruto» (35).

Esperó, gestionó, alcanzó.

Meses después, sintiendo concretarse sus previsiones, «viendo que tantas almas entraban en el redil de Cristo para hacerse cristianas» (36); «alegrán-

dose y consolándose también por seguir los bautismos solemnes con la solemnidad y fiestas acostumbradas» (37), Antonio Blásquez acaba por confesar, con el alma en júbilo, que «todo esto, en verdad, basta para hacer leve la carga y suave el yugo de Cristo en estos sitios, pues, por fin, acude el Señor con tan copioso fruto y galardón» (38).

Era éste ya el triunfo de la gran empresa.

Triunfo, además, que no fué muy retrasado, pues en 1559 Blásquez enviaba a Portugal esta optimista opinión: «... y el Señor, condoliéndose de tanta perdición de alma, abrió las puertas y caminos para su conversión, dando siempre, después de este principio, muy prósperos éxitos, ensanchando el ánimo y el corazón de los agricultores con el nuevo fruto que cada día recoge de la viña del Señor» (39).

Estamos ante la más completa transformación.

«¡Ahora todo cambia en gloria y loor del Señor!», clamaba Antonio Blásquez, añadiendo: «mucha razón tenemos los que vemos un éxito y otro, de dar muchos loores a la Divina Clemencia por la mucha de que ha usado con estas criaturas» (40).

## LA JUSTICIA DE LA HISTORIA

Así, en este camino erizado de espinos, comenzó Antonio Blásquez a envejecer, metido en el Colegio de Bahía, sabiendo sufrir con resignación, bendiciendo incluso los padecimientos que sufría, porque sabía estoicamente «mezclar y templar continuas aflicciones y ansias con los consuelos que sentía con la conversión de muchas almas a su Creador» (41).

¡Admirable!

Hacia 1591, con sesenta y tres años corridos, se arrastra Antonio Blásquez, anciano ya, por los estrechos pasillos de ese Colegio de Bahía, del que se ufanaba haber fundado con otros compañeros, y entonces declaró, en cierta ocasión y para la posteridad, lo siguiente: «Nosotros nos contentamos con pensar que fuimos sus fundadores y que, por lo menos, trabajamos por arrancar los abrojos y espinos para que no tuviesen tanto trabajo en la sementera los futuros cultivadores de esta viña, en la cual los primeros tuvieron grandísimos trabajos y sufrieron mucha hambre, mucha desnudez, mucho frío y mucha contrariedad» (42). Pasados los tres primeros años del siglo XVII, Antonio Blásquez, alejado ya de todas las actividades, aguardaba apenas la sepultura, que se abriría poco tiempo después para recoger sus restos.

El 27 de diciembre de 1606, contando setenta y ocho años de edad, entregaba su alma al Creador, en el Colegio de jesuitas de Bahía, el misionero español Antonio Blásquez, gloria y orgullo de la Compañía de Jesús en el Brasil.

Lo que Antonio Blásquez nos legó constanciado en sus cuatrimestres (42), aunque poquísimo, basta, sin embargo, para valorar y juzgar sus altos méritos de profesor culto, de catequista devoto, de estilista profundo.

Pero para los que le sobrevivieron no fué alegría solamente la expresión elevada de la tarea que realizó en el Brasil, sino también consuelo su seguridad en el éxito de la misión jesuítica, que tanto exaltó.

Por ello exclamaría, sumergido en alegrías: «Alaben al Señor, que las gentes incultas del Brasil ya comienzan a dar el fruto deseado» (43). Por ello, modificando incluso el primer juicio que hiciera respecto de nuestra tierra y nuestras gentes, acabó reconociendo «ser la tierra difamada como inculta y de no producir más que cardos y espinos» (44), exaltando así—galantería típicamente española—las virtudes innatas de los aborígenes que tanto le lastimaran.

Pues «sepa Vuestra Paternidad—escribió en cierta ocasión—que son muy pocos los pecados de los gentiles en comparación con lo que aprendieron con los malos cristianos: sacando la matanza y el que comen carne humana y sacando los hechiceros y haciéndoles vivir con una sola mujer, todo lo demás es en ellos muy venial, pues todos los demás vicios de la carne son muy raros entre ellos» (45).

Y añadió: «estos pocos indios que quedaron son causa de mucho consuelo nuestro, pues vemos en ellos el cuidado que tienen en venir los domingos a la iglesia, y a veces, con sus pobres ofertas de espigas de maíz y barina», concluyendo entonces, siempre hidalgo con nosotros: «denotan dar fe y crédito a lo que se les predica»; «toman el bautismo como caso de honor»; «piden perdón de las faltas cometidas», y «así se va introduciendo en ellos el venerar y reconocer a Dios» (46).

Se ve, pues, que Antonio Blásquez no recogió malas impresiones de nuestros indígenas, cuyas virtudes y pecados conoció realmente, en un trato constante de medio siglo bien corrido.

Alabando, por ejemplo, su disciplina, contrición y júbilo cristiano, escribía así a Coimbra: «Si Vuestra Reverencia viese el buen orden y decoro de esta procesión, la alegría y fiesta de los indios, la devoción y contentamiento de los brasiles, la multitud de indios cristianos, las bendiciones y loores que dirigen al Señor, creo que, *in Domino*, tendría mucho de que alegrarse» (47). Y no cabe en sí de gozo con los resultados prometedores de su enorme labor, «que en verdad hace que la cruz de este Brasil sea menos áspera, pues la gente es de natural muy doméstico, y de ellos se va recogiendo cada día fruto para el Señor» (48), agradeciendo, finalmente, al Creador la concesión de tamaña gracia con palabras entusiásticas de este estilo: «Loores a Dios, pues en los Brasiles se encuentra tanta ternura de corazón y tantos sentimientos por sus padres espirituales» (49).

Antes de cerrar este estudio, despretencioso y ya prolijo, reconocido a la gentileza de vuestra presencia y de vuestra atención, razón es que descubra, en estas últimas palabras, tres grandes méritos recogidos en la obra preciosa de Antonio Blásquez: Primero. Su estilo admirable, limpio, sabroso, flúido, del que es ejemplo, entre muchos, este pequeño trozo de una de sus cartas: «Nada más, carísimo. Van a dar las doce y ha de venir de madrugada por las cartas; por otra nave que zarpará dentro de pocos días escribiremos otras cosas que, por estar con tanta prisa, no podemos» (50). Segundo. El realismo, tan útil a la verdad histórica, de sus observaciones, un realismo seco, sin floreos inadecuados, como, por ejemplo, el de esta descripción de la habitación del indígena brasileño: «son sus casas oscuras, malolientes, ahumadas, en medio de las cuales están unos cántaros como medias tinas que figuran las calderas del infierno. Sus camas son unas redes podridas con la orina, porque son tan perezosas, que a lo que demanda la naturaleza no quieren levantarse» (51). Tercero. El valor de suministrar-nos la primera descripción de la viruela, hecha en el Brasil y quizá incluso en América, con este párrafo revelador: «otra enfermedad peor que la otra eran unas viruelas o vejigas, tan asquerosas y hediondas, que no había quien las pudiese soportar, con la gran fetidez que de ellas salía, y por esa causa morían muchos en desamparo, comidos por los gusanos que de las llagas de las vejigas nacían, y se engendraban en sus cuerpos en tanta abundancia y tan grandes, que causaban un gran horror y espanto a quien los veía» (52).

Así, pues, era Antonio Blásquez; así también su obra, de elevada significación moral, cultural y religiosa; tanto lo fué—y hago la justicia de afirmar uno de los grandes deseos de la España católica puestos al servicio del Brasil colonial—, que otra mayor no existió que su evangelización.